

# El nacimiento del malnacido: embarazos y partos en la novela picaresca\*

## Begetting the Misbegotten: Pregnancy and Birth in the Picaresque

**Fernando Sanz-Lázaro**

<http://orcid.org/0000-0002-8815-6741>

Universität Wien

AUSTRIA

[fernando.sanz-lazaro@univie.ac.at](mailto:fernando.sanz-lazaro@univie.ac.at)

[*Hipogrifo*, (issn: 2328-1308), 9.1, 2021, pp. 745-768]

Recibido: 26-08-2020 / Aceptado: 22-09-2020

DOI: <http://dx.doi.org/10.13035/H.2021.09.01.43>

**Resumen.** La novela picaresca comienza tradicionalmente con el protagonista dando cuenta de su origen, lo que frecuentemente incluye referencias a su nacimiento. Este género literario, además, retrata sin pudor la vida cotidiana de la España de los Siglos de Oro y, siendo embarazo y parto aspectos inalienables de esa experiencia, el pícaro no deja escapar la oportunidad de dar testimonio sobre ellos, sea como protagonista, como observador o refiriendo el relato de un tercero. De este modo, la novela picaresca revela circunstancias que concurrían en los alumbramientos de la temprana Edad Moderna española pero, sobre todo, pone en evidencia una enorme variedad de tipologías de pícaro a partir de un punto de partida de gran carga simbólica como es el nacimiento y cuestiona el carácter determinista de la picaresca como género. Este artículo escudriña pasajes de novelas picarescas y obras afines publicadas en los Siglos de Oro ilustrativos de la experiencia obstétrica, considerando sus aspectos sociales y antropológicos. Según emergen de las páginas picarescas diferentes formas de entender el nacimiento en la Es-

\* Esta publicación es parte del proyecto de investigación *The Interpretation of Childbirth in Early Modern Spain*, financiado por FWF Austrian Science Fund, número de proyecto FWF P 32263-G30, a cuya cabeza está Wolfram Aichinger, a quien no puedo dejar de agradecer sinceramente sus agudas observaciones, bien informadas opiniones y provechosos consejos, gracias a los cuales ha sido posible este artículo. El término *malnacido* se engloba en el dominio de la maldad junto a *pícaro* y *pícaro* (ver Tabernero Sala, 2010, p. 113) y está documentado en asociación con *pícaro* y *guitón* (ver Tabernero y Usunáriz, 2019, s. v. *malnacido*).

pañá del Siglo de Oro, aparecen a su vez diferentes concepciones del modelo de pícaro, unas que hacen hincapié en la predestinación, el *origen vil* del protagonista o ambos, pero también otras que rechazan la determinación por nacimiento, donde la extracción social y moral del entorno parecen irrelevantes y, por lo tanto, cuestionan esas características como rasgos distintivos del género.

**Palabras clave.** Parto; embarazo; obstetricia; picaresca; determinismo; predestinación; origen vil; Siglo de Oro.

**Abstract.** Picaresque novels traditionally begin with the protagonists recounting their origin, which often includes references to their birth. This literary genre boldly portrays the daily life of Spain in its Golden Age and, being pregnancy and childbirth aspects inalienable from that experience, the picaresque does not miss the opportunity to give testimony about them, whether as a protagonist, observer, or a third party referring the story. By doing this, the picaresque novel reveals the circumstances that colluded in the childbirth of the Spanish early Modern period but, most importantly, evidences the wide range of picaresque typologies from a starting point as symbolically laden as the birth and challenges the determinist character of the picaresque as a genre. This article scrutinises passages from picaresque novels and related works of the Spanish Golden Age illustrative of the obstetric experience considering their social and anthropological aspects. As different ways of understanding the childbirth in the Spanish Golden Age emerge from the picaresque pages, differing conceptions of the picaresque model appear in turn, some stressing predestination, the low extraction of the protagonist, or both but also others that reject birth determinism, in which social extraction and morality of the environment seem irrelevant and, thus, challenge those characteristics as distinctive features of the genre.

**Keywords.** Childbirth; Pregnancy; Obstetrics; Picaresque; Determinism; Predestination; Low extraction; Spanish Golden Age.

## EL NACIMIENTO DE UN GÉNERO

Las aguas del río Tormes, apenas habían dejado atrás la ciudad de Salamanca, fueron testigos en 1554<sup>1</sup> de dos insólitos nacimientos: primero, el del primogénito de Tomé González, molinero de Tejares a la sazón, fruto de su matrimonio con Antona Pérez y que devendría en célebre y celebrado mozo de muchos amos. El segundo alumbramiento aconteció a la par, pero no fue de un individuo sino de

1. En propiedad, debió de ser alguna otra fecha anterior a este año y posterior a 1552, cuando la edición príncipe, hoy perdida, vio la luz, pero no habiendo partida de bautismo de aquel nacimiento, tomaremos en su lugar la primera impresión recogida en los registros bibliográficos. Ver Rico, 2014, pp. 14-15.

un género: el picaresco<sup>2</sup>. Efectivamente, la picaresca está indisolublemente ligada al parto, pues su punto de salida suele ser, como es bien conocido, el nacimiento del narrador.

La novela picaresca, bien lo sabía Mateo Alemán, es asimismo una atalaya de la vida humana que permite contemplar desde su altura privilegiada hasta los aspectos más mundanos de la sociedad. Las páginas de este género, al exhibir sin recato la intimidad de personajes de toda extracción desde su llegada al mundo, nos abren una ventana a los aspectos de la temprana Edad Moderna, que, de otra manera, habrían quedado relegados a la experiencia personal de sus otros protagonistas, aquellos hombres y mujeres anónimos de carne y hueso. Podemos, pues, asomarnos a esta ventana, con la prevención de que entre el observador y su objeto de atención se interpone el cristal distorsionador de la sátira literaria, una lente que amplía unos elementos a la vez que empequeñece otros.

De forma inversa, los elementos sociales que se traslucen en la picaresca ubican a sus protagonistas literarios en el entramado social de los Siglos de Oro. Uno de los reflejos más singulares que así se muestran es el del nacimiento y cuanto lo rodea, ya que permite no solo considerar el propio pasaje, sino que también sirve de aventajado punto de referencia para ponderar la evolución del pícaro. No en vano, el personaje suele trascender —normalmente para peor, cabría añadir— los límites impuestos por el linaje en una cultura esencialmente opuesta a la movilidad social.

El devenir del pícaro respecto a su origen es de gran relevancia, como da fe el debate sostenido por Américo Castro y Leo Spitzer a comienzos del siglo xx. Castro arguye que «en la novela picaresca, el personaje central aparece previamente situado mediante un hereditario determinismo, prensado dentro de una clase moral, de la cual no podrá salvarse. Los actos del pícaro demuestran *a posteriori* que todo acontece como era de esperar, dada su ejecutoria negativa»<sup>3</sup>. Así pues, la vida picaresca puede entenderse como el resultado de una elección libre tomada para lidiar con las condiciones sociales y, por otro lado, como un curso inexorable que viene marcado desde la cuna<sup>4</sup>. En el sentido más amplio, el pícaro está predestinado por una combinación de herencia familiar y de las circunstancias sociales adversas en las que este llega al mundo<sup>5</sup>. De acuerdo a esta premisa, el origen social y familiar del pícaro debería adelantar su desviación biográfica en términos absolutos respecto a los estándares de moralidad de la comunidad y su posición en esta.

En las siguientes páginas atisbaremos lo que acontece en los aposentos de las embarazadas y parturientas de los siglos xvii y xviii para determinar el punto de partida de los protagonistas picarescos, proyectando luz sobre el determinismo social que se ha atribuido tradicionalmente al género. Para ello, se repasan situa-

2. Desconocemos quién lo parió, pero sabemos que en su linaje lo adornan ilustres antepasados, desde las *Confesiones* agustinianas a la novela latina de Apuleyo y de un probable Petronio, que ya es más de lo que se conoce del abolengo de algunos pícaros.

3. Castro, 1967, p. 125.

4. Para una relación detallada de los argumentos de una y otra postura a lo largo del tiempo, ver Zalazar, 1991.

5. Lázaro Carreter, 1969, p. 66.

ciones encontradas en el corpus picaresco a partir de las referencias de *Lazarillo de Tormes* (1554), *Primera parte de Guzmán de Alfarache* (1559), *Libro de entretenimiento de la pícara Justina* (1605), *El guitón Onofre* (compuesto en la primera década del siglo XVI), *Vida de Marcos de Obregón* (1618), *La niña de los embustes* (1632), *Las aventuras del bachiller Trapaza* (1637) y *Vida de don Gregorio Guadaña* (1644), recurriendo a otras novelas del género carentes de menciones explícitas al embarazo y parto, así como a obras no estrictamente picarescas, para destacar aspectos reseñables.

No pretende este trabajo ahondar en las lecturas históricas que sin duda permiten los partos picarescos, ni ofrecer una revisión exhaustiva de los muchos ejemplos que provee el corpus, sino ser una primera aproximación al determinismo en el género literario a partir de los aspectos antropológicos y culturales que concurren en una selección de nacimientos paradigmáticos. Consecuentemente, esta panorámica inicial puede dar pie a futuras investigaciones que ahonden en aspectos y casos particulares considerando tanto la antropología cultural como la teoría de géneros.

### LA GESTACIÓN

El nacimiento, como la composición de una historia, es la culminación de un proceso que se extiende durante meses, como bien hace notar Justina sobre su relato. «Haga cuenta que no soy nacida y que en el vientre de mi madre me estoy todavía», responde la pícara al figón, «que acá sabremos nacer y ser nacidas sin que nos madure ni partee el muy comadrero»<sup>6</sup>. Y del mismo modo que la etapa compositiva determina la obra narrativa, en la temprana Edad Moderna también se le asigna al embarazo un gran valor simbólico como periodo de formación de la vida que de él ha de surgir<sup>7</sup>. El grado en que esto se hace patente en los pícaros literarios presenta, no obstante, una enorme variedad, ofreciendo desde señales inequívocas de las tribulaciones picarescas venideras a casos que más inducirían a suponer una futura vida ejemplar.

Dominga Morriño, la abuela gallega de Teresa de Manzanares, de Castillo Solórzano, ilustra cómo la cuestión del honor en la sociedad española barroca convierte el embarazo en un asunto que incumbe a dos familias en su totalidad, así como el pragmatismo con que aparentemente se saldaba el asunto en entornos rurales, pero apenas sugiere evidencia de lo que habrá de venir después. Quedando Dominga embarazada del pastor Payo de Morrazos<sup>8</sup>, la joven

encubrió cuanto pudo su preñado; mas, conocido el bulto por sus padres, con un poco de celo del honor, que no les faltaba, inquirieron quién era el dueño del chichón

6. López de Úbeda, *Libro de entretenimiento de la pícara Justina*, p. 303.

7. Gélis, 1989, p. 82.

8. Rodríguez Mansilla llama la atención sobre Galicia como paradigma de la rusticidad e ignorancia en el Siglo de Oro, cualidad que también muestran los nombres de los amantes tanto en el nombre de pila como en el apellido; ver Rodríguez Mansilla, p. 183, notas 1 y 2.

que Dominga no podía encubrir, con lo cual se hizo la boda de los dos muy en conformidad de la parentela, por ver en Payo de Morrazos presencia para emplearla en todo agreste ejercicio. Llegose el noveno mes y salió a luz del valor de Galicia y la gala de Cacabelos, que fue mi madre, a quien pusieron por nombre Catuja<sup>9</sup>.

El honor de la madre queda a salvo y la niña nace legítimamente. Los ingenuos padres de Catuja, por otro lado, no parecen mostrar una predisposición particular a la indignidad. El *origen vil* como elemento definitorio del pícaro<sup>10</sup>, por lo tanto, solo podría entenderse en este caso en su sentido más amplio, aludiendo a la discutible baja condición social de los rústicos. Por el contrario, desde una perspectiva moral la genealogía de Teresa reproduce metafóricamente el modelo de vida picaresca, desde la candorosa infancia encarnada por Dominga en el campo gallego, al joven que se arroja al mundo y pierde la inocencia, como sucede con Catuja, para culminar con la consumación del pícaro integrado en el paisaje urbano, con Teresa.

Castillo Solórzano, sin embargo, invierte los términos de la situación familiar en otro de sus pícaros. Trapaza es hijo de Olalla Tramoya, hija a su vez de un labrador de Zamarramala<sup>11</sup> —cuya limpieza de sangre, para más señas, está fuera de toda duda— y Pedro de la Trampa, capataz de una fábrica de paños segoviana y muy estimado tanto por el dueño de esta como entre sus compañeros. Olalla, al igual que Dominga, lleva en secreto<sup>12</sup> el embarazo extramatrimonial, y no deja de ocultar su condición a la familia hasta que el desarrollo del feto torna imposible encubrirlo por más tiempo. El padre de familia, al tener conocimiento del estado de su hija, reacciona de acuerdo al concepto de honor de la época, resolviendo legitimar al futuro hijo por la vía matrimonial. Para ello, habla con el empleador del padre de la criatura de la misma manera que el padre de Dominga se dirigió a la familia de Payo:

Las faltas que hacía a la administración de los quesos, Olalla aumentó en las que bastaron a declarar un preñado de cuatro meses, que por ser visto de su padre, trató de averiguar el autor de aquella obra quién era. Encerró a su hija, apretóle en que le confesase quién le había quitado su honor por darle sucesor a la casa de los Tramoyas; y ella, temiendo su rigor, confesó el agresor de aquel delito con no poco empacho; que si así le tuviera al ruego de Pedro, no hubiera uniones de las Trampas y Tramoyas. Díjole el origen desta afición, dónde se había comenzado; y como el labrador fuese amigo del mercader [el amo de Pedro], partiose luego a la ciudad y dióle cuenta de la desgracia de su hija, pidiéndole que, en la mejor forma que viese, se tratase della con fin de casamiento, que él venía muy confiado en que, teniéndole a él de su parte, acabaría con que Pedro no rehusase el casarse con su hija, pues tan bien le estaba<sup>13</sup>.

9. Castillo Solórzano, *La niña de los embustes*, Teresa de Manzanares, p. 185.

10. Rey Hazas, 2003, p. 240.

11. Aunque Zamarramala fue un núcleo urbano independiente hasta su integración en el municipio de Segovia en la década de 1970, tanto la escasa distancia que separaba el pueblo de la ciudad como su ubicación en plena Extremadura castellana lo diferencian notablemente de la remota aldea gallega de Dominga.

12. Sobre el *secreto* en el Barroco español, ver Kroll, 2015.

13. Castillo Solórzano. *Las aventuras del bachiller Trapaza*, pp. 62-63.

Ante la negativa de este de aceptar la solución, se delega en manos de la autoridad civil la tarea de imponerle al porfiado joven la decisión acordada por las otras partes<sup>14</sup>:

Con esto fue condenado nuestro Pedro de la Trampa a que no le valiese la que intentaba hacer con Olalla; y así le mandaron que se casase con ella y que, de no lo hacer, la dotase en una buena cantidad, que se le señaló; y en caso que todo faltase, fuese al charco de los atunes a servir a Su Majestad, al remo y sin sueldo, por tiempo de seis años<sup>15</sup>.

A pesar de la pertinacia con la que Pedro rehúye los votos maritales, termina casándose, literalmente *in extremis*, tras sufrir un grave accidente durante el curso de un intento de fuga, siendo Trapaza, de este modo, el hijo póstumo pero legítimo del reticente capataz:

Estaba tan fatigado que antes de amanecer le dieron todos los sacramentos; y, venido el día, siendo avisado Pascual y su hija, vinieron a la ciudad, donde se desposaron ante el párroco y testigos. Esta boda tuvo el fin en mortuorio, porque a medio día murió Pedro [...]<sup>16</sup>.

Nótese, no obstante, que, aunque el mozo lleve el nombre Pedro de la Trampa, el labrador se llama Pascual Tramoya<sup>17</sup>. Podría conjeturarse si el malogrado joven eludía deliberadamente su responsabilidad paternal o trataba de escapar de lo que creía un engaño de los Tramoya. En este sentido, puede citarse el ejemplo de los dos posibles padres de Guzmán que, sin que la madre supiera a ciencia cierta cuál era el biológico, consiguió que ambos lo reconocieran como suyo<sup>18</sup>, o su abuela, que hizo lo propio no enredando a dos, sino a «dos docenas» de pretendientes de calidad «diciendo y jurando a cada padre que era la suya» para que reconocieran a su hija<sup>19</sup>. Si bien la descripción hiperbólica del caso no puede desligarse de los presupuestos genéricos, la alusión a prácticas conocidas en la época y comunes, al menos, en la literatura, no debe desecharse.

La naturaleza vil en este caso solo podría ser entendida en el sentido más estricto de su acepción como indigno de confianza, pues ni la rama materna ni la paterna son propiamente de baja condición. La clave de esta lectura, por lo tanto, la ofrecería la interpretación literal de los nombres parlantes. En cualquier caso, los pícaros de Castillo Solórzano muestran que tanto la simpleza como la (presunta)

14. La facilidad con que el pleito pasa de la negociación familiar a la vía penal sugieren la necesidad de reparar de un estupro. Ver Usunáriz, 2020, pp. 103-107.

15. Castillo Solórzano, *Las aventuras del bachiller Trapaza*, p. 64.

16. Castillo Solórzano, *Las aventuras del bachiller Trapaza*, p. 65.

17. «Metafóricamente vale enredo hecho con ardid y maña o apariencia de bondad» (*Diccionario de Autoridades*, s. v. *tramoya*).

18. Alemán, *Guzmán de Alfarache I*, p. 157.

19. Alemán, *Guzmán de Alfarache I*, p. 160.

doble pueden servir de igual manera como antecedentes familiares en el género, y hacen preguntarse hasta qué punto la condición moral del pícaro viene determinada por su linaje.

A esto hay que sumar otros casos que, en conjunto, hacen problemático el *origen vil* como elemento definitorio del pícaro. De forma parecida a los padres de Olalla, los de Onofre «no eran ricos, pero, aunque labradores, que este era su oficio, lo pasábamos de los que bien en el lugar»<sup>20</sup>. Sería discutible dónde establecer el límite de lo vil y si este aplicaría una familia de labradores de buena posición respecto a sus vecinos, pero este no es el caso de Marcos de Obregón, cuya familia «de conquistadores, [...] tuvieron repartimiento de los Reyes Católicos»<sup>21</sup>. Estas situaciones resultan problemáticas no solo para la definición del pícaro desde una perspectiva literaria sino también para la de su contrapartida histórica<sup>22</sup>. El jesuita Pedro de León, por ejemplo, habla de jóvenes de familia acomodada, distinguida incluso, que se echan a la vida picaresca<sup>23</sup>. En un periodo de tan escasa movilidad social y donde cuidar el patrimonio familiar es prioritario, lanzarse a la aventura en busca de trascender la posición heredada o arriesgarla por la sed de aventuras sugiere que, en muchas ocasiones, el pícaro deviene en tal no a causa de su linaje sino, más bien, a pesar de él<sup>24</sup>.

Si la disposición de muchas novelas picarescas aconseja cautela a la hora de atribuir determinación genética de la moralidad del pícaro, en el ámbito físico son tajantes: todas las obras contravienen la creencia popular de que las faltas de los padres son causa de enfermedades o taras en su descendencia<sup>25</sup>. Los pícaros suelen gozar de una formidable salud y, salvo aquellos de orden espiritual, carecen de defectos notables.

Si bien la mujer es la tierra y el niño la cosecha de acuerdo a una lectura simbólica<sup>26</sup> y, por lo tanto, cabría suponer que la ilegitimidad inicial comprometería la calidad del suelo en el inicio de la germinación y, consecuentemente, el fruto, hay que tener en cuenta que, aparte de estos embarazos legitimados retroactivamente u otros ilegítimos, no pocos son resultado de una concepción legítima y bendecida por el sacramento del matrimonio. Es más, es precisamente este modelo el de tradición picaresca más antigua: se da ya en el caso de Lázaro de Tormes. Estos embarazos, al contrario que los de Dominga y Olalla, no requerían esperar a que la gestante experi-

20. González, *El quitón Onofre*, pp. 71-73

21. Espinel, *Vida de Marcos de Obregón*, p. 250

22. La cuestión sobre si el pícaro es un fenómeno exclusivamente literario es objeto de debate académico que escapa al propósito de este trabajo. Ver, por ejemplo, Rico, 1973, p. 131 y 2014, p. 83.

23. Maravall, 1986, p. 283.

24. En la literatura alemana encontramos el que es, tal vez, el caso más ilustrativo de este fenómeno. *Simplicissimus* es una tabla rasa hasta el punto de carecer incluso de nombre hasta que un pio ermitaño lo bautiza con uno parlante y le da una piadosa educación. El eremita resulta ser un noble y padre biológico y legítimo de *Simplicius* con una dama también de alta condición. A pesar de todo, una vez desengañado del mundo, *Simplicius* se entrega a la amoralidad de la vida picaresca con todo el cinismo del que es capaz. Ver Grimmelhhausen, *Der abenteuerliche Simplicissimus*, pp. 35-51, 497.

25. Loux, 1978, pp. 64-65.

26. Gélis, 1989, p. 82.

mentara cambios en su complexión corporal para revelar el estado de gravidez, sino que la preñada podía hacer público su estado de buena esperanza una vez constatados indicios como la falta de ciclos menstruales o los clásicos vómitos al inicio de la preñez:

Estas y otras pláticas solían tener mis padres sobre faltarles heredero, según me contaron después, hasta que un día, estando mi madre bien descuidada, yo llamé a la puerta de su estómago con un vómito. Bien temía ella mi venida, habiéndole faltado el correo ordinario: tres meses sin carta mía<sup>27</sup>.

La gestación del niño concebido en legítima unión y en ausencia de otro contratiempo reseñable, al igual que sucede en *Lazarillo*, suele resolverse narrativamente de manera mucho más ágil, «a los nueve meses de casados, ya Teresa de Manzanares había visto este mundo, saliendo dél con buen alumbramiento de mi madre»<sup>28</sup>. Esta breve mención alude a las expectativas no ya solo de normalidad, sino incluso ideales, de acuerdo a las interpretaciones médicas ortodoxas:

El parto natural se dice cuando la criatura nace en su tiempo legítimo de vida y derechamente. El legítimo tiempo del parto es por la mayor parte el mes noveno, y algunas veces el séptimo, porque las criaturas humanas nacidas en este mes muchas veces viven, y así, algunas preñadas legítimamente paren en este mes. En el octavo mes no es el parto natural porque, si alguna criatura nace en este mes, o sale muerta, y si no sale muerta, vive poco, como es sentencia de Hipócrates y de todos los médicos<sup>29</sup>.

Poco en este tipo de embarazos, pues, lleva a suponer un simbolismo extraordinario que profetice el camino de perdición que deparará la vida al recién nacido. Al contrario, dadas estas premisas de normalidad, el cambio llega por sorpresa, máxime si se espera encontrar una correlación entre el carácter de vida del personaje y su llegada al mundo como debería ser de haber un determinismo claro.

Gregorio Guadaña, sin renunciar a un tono definitivamente caricaturesco, entra de lleno en los pormenores físicos de la gestación, proporcionando una minuciosa descripción de las vivencias de una mujer preñada desde el mismo momento de la confirmación facultativa del embarazo, cuando refiere como su padre «tomola el pulso y confírmole el preñado con tanta alegría como si yo estuviera fuera llamándole taíta»<sup>30</sup>. Seguimos, pues, con la tipología primigenia del embarazo legítimo pero, además, declarando de forma explícita la alegría de la familia por la llegada del deseado vástago.

La narración de Guadaña muestra como esta alegría inicial se torna en preocupación por el estado de la mujer cuando surgen los antojos propios del embarazo. La cuestión no es trivial, pues de acuerdo a la creencia extendida, estos podían ser

27. Enríquez, *El siglo pitagórico y Vida de don Gregorio Guadaña*, p. 149.

28. Castillo Solórzano. *La niña de los embustes, Teresa de Manzanares*, p. 205.

29. Núñez, *Libro del parto humano*, fol. 3r-3v, ortografía y puntuación modernizada.

30. Enríquez, *El siglo pitagórico y Vida de don Gregorio Guadaña*, p. 149.

causa de malformaciones y defectos<sup>31</sup>, e incluso la propia antojadiza podía llegar a ser víctima de funestas consecuencias como cuenta Estebanillo González, cuya madre murió «de cierto antojo de hongos estando preñada de mi padre, según ella decía: quedose en el lecho como un pajarito»<sup>32</sup>. Tan popular era la superstición que llegó al punto de ser reconocida como eximente legal en el enjuiciamiento de un hurto si este se perpetraba a petición de la embarazada<sup>33</sup>, y llega a ocupar incluso a teólogos para encajarlos en los días de ayuno y abstinencia del calendario litúrgico. Los médicos cuentan con el respaldo de varias bulas papales para eximir a la embarazada de sus deberes<sup>34</sup>, particularmente respecto al consumo de carne. Otra cuestión diferente, aun contando con el beneplácito facultativo y eclesiástico, es la provisión material del objeto de deseo, que en ocasiones resulta hartamente dificultosa, como ejemplifica Brígida, la madre de Guadaña:

Dio mi madre en ser antojadiza, y un día dijo que le trujesen el ave fénix. Mi padre, por no deshacerme antes de tiempo, buscó una ave exquisita de la India, y no contenta de habérsela guisado a su modo, se le antojó antes de proballa morder a mi padre en el pescuezo<sup>35</sup>.

El padre, con toda la diligencia de la que es capaz, se aplica a satisfacer los deseos de su señora para evitar un aborto —muy comprensible, por otra parte, siendo Gregorio el deseado hijo tardío tan largamente esperado<sup>36</sup>—. En este sentido, sin entrar en cuán disparatado puede llegar a ser la petición, el padre de Guadaña no hace sino ilustrar un uso común: el antojo es un privilegio de la embarazada y el deber del buen marido es satisfacerlo<sup>37</sup>.

Por una parte, tenemos un padre modélico, con una profesión reconocida, deseoso de agradar y cumplir con su deber aun sabiéndolo imposible y, por otro, una madre antojadiza y contestona, partera<sup>38</sup> de oficio —y no de las más pías—, lo que la coloca en la órbita de Celestina. Así, pues, Gregorio sí encontraría en su madre un antecedente de claras connotaciones picarescas, como establecieron Justina<sup>39</sup> en su madurez o Elena por parte de madre<sup>40</sup>. Guadaña, pues, podría haber heredado

31. Castillo de Lucas, 1958, p. 34.

32. *Vida y hechos de Estebanillo González I*, p. 39. Wolfram Aichinger me hizo notar la doble lectura del pasaje, planteando la posibilidad de que el deceso no lo hubiera provocado el antojo sino precisamente su satisfacción... con los hongos equivocados.

33. Castillo de Lucas, 1958, p. 427.

34. Ruices de Fontecha, *Diez privilegios para mujeres preñadas*, fols. 34r-35r.

35. Enríquez, *El siglo pitagórico y Vida de don Gregorio Guadaña*, pp. 149-150.

36. El oficio de partera de Brígida, la ligereza con la que sugiere abortar y la reacción ante el embarazo hacen dudar si su infertilidad era natural o resultado de sus artes.

37. Kremmel, 2018, pp. 468-470.

38. Sobre la partera y su valor simbólico como encarnación de la moira Átropos, ver Grohsebner, 2020.

39. Ver, asimismo, el frontispicio de la edición príncipe de *Justina*, o su copia en la edición de Bruselas de 1608, en los que se representa una nave de los locos capitaneada por una madre Celestina, cuya autoridad sobre los otros pícaros subraya el capelo eclesiástico con el que va tocada.

40. Salas Barbadillo, *La hija de Celestina*, p. 110.

por vía materna la predisposición para la rebeldía. Sin embargo, la posición social de la familia por el costado paterno lo alejaría igualmente del ideal de vileza originaria.

Más notables aún son las narraciones intrauterinas<sup>41</sup> de Guadaña. Es en ellas donde el simbolismo del embarazo toma cuerpo, presentando el proceso de gestación como un anticipo de la vida futura del feto. El relato tiene tintes grotescos, pero precisamente esto acentúa los detalles hasta el punto de que la descripción bien podría corresponderse con una ecografía moderna.

Di en ser tan entremetido desde el vientre de mi madre, que no la dejaba dormir de noche a puras coces. Era un diablo encarnado. Solía meterme entre las dos caderas, y ella daba unas voces tan fuertes, que las ponía en la vecindad, por no enfadar al cielo. Cuando ella estaba descuidada, solía yo darle una vuelta al aposento de su vientre, y revolverla hasta las entrañas<sup>42</sup>.

Como es natural, semejante actividad en la matriz termina produciendo malestar a la mujer encinta, y esta lo traslada a su entorno inmediato haciéndolo responsable de ponerle remedio. Siguiendo la costumbre, la mujer es tratada con bizmas<sup>43</sup>. De estas se vale la madre de Guadaña para componer la metáfora con la que recrimina a su marido el doctor haberla dejado en estado, pero, más importante, vuelve a emplearlo una segunda vez en sentido literal demandando al médico que prepare una mixtura abortiva y se la aplique para desembarazarse de la criatura. Tanto la idea en sí como la aparente falta de escrúpulos aproximan a Brígida nuevamente a la constelación celestinesca, mientras que el padre vuelve a ejercer de contrapeso moral para contrarrestar a la madre:

—Estoy endoctorada, que es peor —respondía ella—. En mi juicio estaba yo de no tomar bisma.

—¿Bisma? —decía mi padre—. ¿Pues cuando la tomastes?

—¡Pecadora de mí! —decía ella—. ¿Tan flaco sois de memoria que no os acordáis? ¡Heredada tengáis el alma de Galeno, que así distes heredero a mi vida tan sin pensar! Aconsejaos con toda la medecina y mirad si con otra bisma se puede remediar esta, que así la podré llevar yo como volar.

41. La narración de Guadaña es pionera del *relato intrauterino*, adelantándose casi un siglo a *The life and opinions of Tristram Shandy, gentleman*, del angloirlandés Laurence Sterne, cuya publicación en 1759 popularizaría el recurso.

42. Enríquez, *El siglo pitagórico y Vida de don Gregorio Guadaña*, p. 150.

43. Las bizmas son un emplasto o cataplasma «que se pone en algún miembro del cuerpo, que está sentido, o débil, para confortarle, o apretarle: el cual se compone de estopa, aguardiente, incienso, mirra» (*Diccionario de Autoridades*, s. v. *bizma*). No obstante, en las casas menos pudientes, podía ser una mezcla de cáscara de huevo, avellanas, bellotas y escaramujos; ver Simón Palmer, 1985, p. 8. En cualquier caso, estas medicinas habían de ser manejadas con cautela, «—¿Yo bisma? —respondía ella—. Echáosla vos que necesitáis della, que mi madre, buen siglo haya su alma, no contentándose de haberme parido, se echó una y reventó antes del parto, y no me está a cuento tener herederos tan a mi costa» (Enríquez, *El siglo pitagórico y Vida de don Gregorio Guadaña*, p.149).

Así pues, el embarazo picaresco puede desarrollarse de maneras tan variadas como lo son sus protagonistas. En muchas ocasiones las circunstancias del engendramiento y preñez son un presagio de la vida e inclinaciones del protagonista, lo que concuerda con el carácter determinista que se atribuye al relato picaresco de acuerdo con el simbolismo tradicional de la gestación y la importancia de los vínculos de sangre en el Siglo de Oro. En otras obras, sin embargo, el linaje del pícaro o su gestación inclinan a vaticinar un destino muy diferente al que realmente le reserva el porvenir.

### EL PARTO

Con *Lázaro de Tormes*, el nacimiento del género rompió aguas, y lo hizo literalmente. En concreto, las del río del que toma el nombre el pícaro, si hemos de creer al protagonista, pues este sostiene haber visto la luz del mundo una noche en su cauce, habiendo sorprendido el parto a su madre cuando se encontraba en la aceña<sup>44</sup>. No se entra en detalles sobre las urgentes diligencias que habrían llevado a la embarazada a la molienda tan a deshoras, cuestión esta nada trivial considerando que su cónyuge, con tanta o más dedicación con la que se aplicaba moler el grano, se consagraba a la sustracción de una considerable porción de este<sup>45</sup>. La frase es, más bien, una muy explícita declaración de anormalidad, aunque no por la actividad física, pues el trabajo con medida era considerado beneficioso, en tanto que la ociosidad era tenida por tan nefasta como la carga excesiva<sup>46</sup>, sino por el cuestionable carácter de la labor. *Lázaro* no nace solo en medio del Tormes, sino, muy probablemente, en medio de la comisión de un hurto. En este sentido, la señal es ambivalente, pues aunque las circunstancias del nacimiento adelantan en cierto modo las incursiones nocturnas al arca del clérigo de Maqueda, resulta difícil establecer una correspondencia clara con el servil *Lázaro* de la madurez.

Aparte del lugar y el momento aproximado del día, apenas sabemos mucho más de este nacimiento. Por fortuna, una característica que comparten los pícaros literarios es que suelen ser «muchachos agudos que nacen vivo del vientre de sus madres el tiempo que para venir a aquella agudeza era menester, y por eso se dice: “Mucho sabe este niño, no se logrará”, aunque pocos dan la razón»<sup>47</sup>. El pícaro, así, acomete la prometeica labor de traer la llama del conocimiento asumiendo personalmente el precio de tal profanación<sup>48</sup>, y para cumplir su cometido se vale de una extraordinaria memoria que le permite remontarse en los recuerdos hasta su llegada al mundo o, en el embarazo de Guadaña que vimos, incluso más allá.

44. Fischer-Monzón (2018, pp. 72-81) llama la atención sobre la conexión entre la luna, los fluidos y los tiempos biológicos. Esta relación física se hace presente aquí de forma metafórica mediante el río y la noche.

45. *Lazarillo de Tormes*, pp. 12-14.

46. Usunáriz, 2018, p. 488; Gélis, 1989, pp. 129-130.

47. Cortés de Tolosa, *El Lazarillo de Manzanares*, p. 130.

48. Motivo, por otra parte, recurrente en la cultura occidental bajo distintas formas, desde el propio japétida a la alegoría platónica de la caverna, pasando por la serpiente tentadora del árbol de la ciencia del bien y del mal.

Justina, prolija como ella es, aprovecha esta circunstancia para ocuparse de su nacimiento con toda la minuciosidad de la que es capaz. A los prolegómenos tradicionales, el relato de la pícara añade la relación de los accidentes astrológicos que confluyeron durante su venida al mundo. Estos permiten precisar en gran medida las características del personaje de acuerdo a las creencias de la época, pues los astros afectan a la madre y afectan al destino del nacido bajo su influjo<sup>49</sup>, contribuyendo al marco determinista en el que se encajaría el discurso picaresco.

Justina confiesa haber nacido en el signo de Virgo, lo que le conferiría un carácter juvenil y ejercería influencia en el vientre<sup>50</sup>, en el sexto día de agosto de un año bisiesto a las seis de la *boballa*<sup>51</sup>. El fisgón da más detalles apuntando que esto ocurrió cuarenta y ocho años antes del comienzo de la narración extradiegética, en un año que hubo un eclipse entre el signo de Justina y Capricornio<sup>52</sup>. Nótese aquí la inversión de las circunstancias del nacimiento de Jesucristo, ocurrido «estando el Sol en el primero punto del signo Capricornio [...], en aquella misma hora ascendería por el horizonte o parte oriental el signo de Virgo<sup>53</sup>, que el autor difícilmente podía haber ignorado teniendo conocimiento de astrología. El nacimiento, así, además del carácter festivo de la recién nacida, anuncia la poco piadosa predisposición de esta, resultando uno de los casos más claros donde el determinismo adquiere realmente protagonismo.

No es necesario advertir que la astronomía judiciaria, que hoy consideramos superstición, era todavía objeto de discusión en los campos de la teología y la filosofía natural y, aunque comúnmente reprobada como medio de predicción del futuro, la influencia de los astros en la vida de los hombres se consideraba verosímil, por lo que a la configuración del firmamento adquiriría casi tanta importancia como la del feto en la matriz<sup>54</sup>. Acaso la actitud ambivalente de la temprana Edad Moderna hacia el influjo de los cuerpos celestes sobre los hombres sirva como metáfora ilustrativa del determinismo social atribuido a la picaresca. Condiciona pero no determina, aunque un condicionamiento de suficiente intensidad es indistinguible de la determinación a efectos prácticos.

49. Fischer-Monzón, 2018, pp. 79-81.

50. Castillo de Lucas, 1958, p. 40.

51. López de Úbeda, *Libro de entretenimiento de la pícara Justina*, p. 269.

52. López de Úbeda, *Libro de entretenimiento de la pícara Justina*, pp. 286-87. Sabemos que el libro se compuso después de la publicación de *Guzmán de Alfarache* en 1559, por lo que si el tiempo narrativo coincide con el real, Justina debió de haber nacido en uno de los años bisiestos 1552 o 1556. La aparente incongruencia astrológica se debe a la entrada en vigor del calendario gregoriano en 1582. La fecha, en el calendario juliano sería 16 de agosto, esto es, dos o tres días después de la entrada en el signo de Virgo. Para hilar más fino se requeriría nociones de astrología que no poseo para dilucidar en cuál de los dos años ocurrió el evento celeste al que se refiere el fisgón. Sobre el uso y permanencia del calendario juliano en los cálculos astronómicos aplicados a la astrología, ver Hera y de la Varra, *Reportorio del mundo particular de las spheras del cielo*, fol. 92r.

53. Mejía, *Silva de varia lección*, fol. 315r.

54. Los astros influyen, pero no determinan. Admitir lo contrario conllevaría negar el libre albedrío, lo que era considerado una doctrina herética. Ver Vega, *Epítome o compendio de la suma*, fol. 230r.

La relación de Justina, empero, no termina en este punto, sino que continúa con el recuerdo del trance desde el punto de vista de la propia neonata:

¿Ya soy nacida? ¡Ox, que hace frío! ¡Tapagija, que me verán nacer desnuda! Tórnome al vientre de mi señora madre, que no quiero que mi nacimiento sea de golpe, como cerradura de loba. Más vale salir de dos golpes, como voto a Dios de carretero manchego. Quiero marchar de retorno a la panza de mi madre, aunque vaya de vacío, y estareme huchoando de talanquera<sup>55</sup>.

Salvo la suavidad del nacimiento, que no requirió poco más que un empujón, el resto resulta tan general que prácticamente podría aplicarse a cualquier alumbramiento, siempre que concedamos al recién nacido la licencia de tener facultades intelectuales y sentimientos adultos como el pudor. A pesar de ser una transposición deliberada de madurez al supuesto relato de un recién nacido, entre bromas y veras, se entrevé la representación de la experiencia aceptada en la época.

El suceso vuelve a narrarse una segunda vez, en esta ocasión desde la perspectiva de un tercero. Llama la atención la normalidad con la que se asume la asistencia real o fingida del fisgón como testigo del parto, situación que en ningún momento niega la afectada. La evocación menciona la abundante concurrencia y su condición, alcahuetas y prostitutas, con un juego de palabras de cierta relevancia para el tema que nos ocupa, ya que *pares* es un término coloquial para referirse a la placenta y saco amniótico<sup>56</sup>, y nacer envuelto en las pares refiere al infrecuente nacimiento con zurrón<sup>57</sup>, esto es, dentro del saco amniótico. Dada la rareza de estos casos, se tenía por señal de que el recién nacido tendría poderes extraordinarios o una gran fortuna. Así, la madre Celestina tenía «mantillo de niño» en un apartado «para remediar amores y para se querer bien»<sup>58</sup>, y esto mismo llevó a un tal Jaime Martí incluso a robar las pares de un niño nacido con velo para preparar amuletos protectores contra los disparos, en cuyo proceso ante la Inquisición la comadrona dio fe sobre los supuestos poderes<sup>59</sup>. Sin embargo, haber nacido con «dos pieles» también conferiría al neonato una naturaleza dual casi demoniaca<sup>60</sup>, lo que también

55. López de Úbeda, *Libro de entretenimiento de la pícaro Justina*, p. 270. Si bien podría tratarse de un recurso retórico de su intercambio dialéctico más que de un recuerdo *real* dentro del universo de ficción, hay constancia documental de situaciones similares. Barrionuevo, por ejemplo, relata un caso en el que una mujer empezó a dar a luz «y habiendo coronado la criatura y estando para salir, se retiró y no ha nacido hasta ahora, pesándole al parecer de venir a un mundo tan malo». Si bien esto era tenido por un suceso extraordinario digno de ser consignado, no cabe duda de que, tal y como se describe, el acontecimiento se estimaba como verosímil (ver Barrionuevo, *Avisos de don Jerónimo de Barrionuevo*, p. 67).

56. Pares «es aquella piel en que el niño ha estado envuelto en el vientre de su madre, que en naciendo sale luego tras él» (Covarrubias, *Tesoro*, s. v. *par*), o «en las preñadas. Véase placenta» (*Diccionario de Autoridades*, s. v. *pares*).

57. «Se llama también aquella tela como piel, en que suele nacer envuelta la criatura, cuando nace, la cual se guarda, y aprecia mucho, por ser buena para muchas cosas particulares» (*Diccionario de Autoridades*, s. v. *zurrón*). También conocido como *velado*, *enmantillado*, *con camisa*, *con velo veneciano*, *con el manto de la Virgen* y otros nombres.

58. Rojas, *La Celestina*, p. 61.

59. Archivo Histórico Nacional, Inquisición, núm. 5323, exp. 29, 1698.

60. Vaz da Silva, 2003, pp. 343-344.

parece obrar efecto en Justina mediante dilogía, siendo la cualidad de esa segunda naturaleza, claro está, acorde a la de las pares. De nuevo, el nacimiento de Justina vuelve a evidenciar el origen vil de la pícara a la vez que sugiere determinismo en su devenir.

La parroquia, no obstante su condición, concuerda con la típica algarabía femenina que suele acompañar a la parturienta en el lance<sup>61</sup>. Esta segunda versión no difiere de la primera respecto a las particularidades fisiológicas, aunque la amplía, arrojando luz sobre el asunto de los *dos golpes*. Se hace notar la inusitada celeridad del proceso y su carácter indoloro a pesar del considerable tamaño de la criatura. El narrador atribuye esto no solo a los hermanos mayores de la pícara, sino a multitud de embarazos anteriores que no debieron de llegar a buen término:

A buen tiempo llegué, señora niña, pues vine a punto en que, por mi gran culpa, la vi nacer envuelta en las pares de los dos oficios más comunes de la república. Pregunte a mamá si quiere que la enalbarde, con miel y huevos hueros, unas torrijas y haga por ella los demás oficios de partero. Mas ¿cómo no gritó su madre, pariendo una hija tan grande? Aunque debe de ser que como vuesa merced es hija tercera, y su madre pare como descosida, la parió sin pujo, como quien se purga con pepinos<sup>62</sup>.

En primer lugar, merecen atención los elementos grotescos del relato, que, como la novela muestra más adelante, no son solo cosa propia del personaje de Justina sino una constante en la vida de su linaje<sup>63</sup>. El infame nacimiento en su comicidad solo puede corresponder a una persona de la misma condición de acuerdo a las reglas clásicas del decoro, esto es, vil. Asimismo, que Justina nazca en compañía de alcahuetas cuando ella misma, en sus días postreros ejerce también el oficio, refuerza el carácter determinista de la vida del personaje, que ya se habían sugerido los astros y el mantillo metafórico. Más incluso, este nacimiento, precisamente por indoloro, raya en lo impío al contravenir la maldición bíblica de la mujer<sup>64</sup>.

El hecho de ser la tercera hija es significativo considerando las connotaciones que esto tiene en *La Celestina*, donde Areúsa desprecia a Melibea diciendo que «unas tetas tiene para ser doncella como si tres veces hobiese parido: no parecen sino dos grandes calabazas. El vientre no se lo he visto, pero juzgando por lo otro, creo que lo tiene tan flojo como vieja de cincuenta años»<sup>65</sup>. El simbolismo del tres como número de partos necesarios para echar a perder el cuerpo de una mujer se sugiere también en *El Lazarillo*, cuando el protagonista admite tener constancia de

61. Aichinger (2018, p. 407) recoge situaciones en que la concurrencia observa un comportamiento semejante.

62. López de Úbeda, *Libro de entretenimiento de la pícara Justina*, pp. 278-279.

63. Y también en la muerte. Ver, por ejemplo, López de Úbeda, *Libro de entretenimiento de la pícara Justina*, pp. 345-347, donde la pícara relata recreándose en el detalle y sin escatimar donaires cómo su abuelo muere a consecuencia de una flauta embuchada en el gaznate.

64. Laget, 1982, pp. 160-161.

65. Rojas, *La Celestina*, p. 207.

las habladurías que circulan sobre la honra de su esposa y confiesa que algunos allegados «aun por más de tres veces me han certificado que antes que conmigo casase había parido tres veces»<sup>66</sup>.

Otros elementos, a primera vista sospechosos desde la perspectiva actual, como la alusión a las torrijas y su rebozado, resultan, sin embargo, perfectamente apropiados en su contexto histórico. Este dulce se usaba habitualmente como reconstituyente para la parida y convite para los asistentes. El empleo de este plato, de esta manera, se enmarca en la iconografía obstétrica de la época. Lope, casado en dos ocasiones y padre de quince vástagos fruto de estas y otras relaciones extramaritales, se entregó con devoción a todas sus damas y fue un padre amantísimo de su progenie<sup>67</sup>. Es la del Fénix, pues, una voz más que autorizada para zanjar esta cuestión, y así lo hace en un villancico, sentenciando que las torrijas, lejos de ser una extravagancia, son prerrogativa de la puérpera:

Y yo, porque es justo hacer  
torrijas a la parida,  
miel de romero escogida,  
con una cesta de huevos<sup>68</sup>.

Esto da una idea de la concepción del nacimiento como una ceremonia social celebrada en compañía, lo que no resulta excepcional, pues el parto como experiencia colectiva vivida al amparo de otras mujeres es una constante que trasciende culturas y épocas<sup>69</sup>. Lo que no resultaba tan habitual es la congregación de un nutrido número de expertas en la materia<sup>70</sup> para traer a Justina al mundo, pues una sola comadrona se habría bastado para llevar el parto a término. Cabría pues suponer que, de ser fiel a los hechos la audiencia de este caso particular, esta respondía más a la afinidad profesional con la embarazada que a un uso generalizado<sup>71</sup>.

Una descripción aún más vívida de esta experiencia puede encontrarse en el nacimiento de Gregorio Guadaña. Cuando Brígida, su madre, comienza a sufrir los dolores que anuncian el fin del embarazo, acuden las mujeres del vecindario a acompañar a la parturienta, gritando, llorando o gruñendo junto a ella<sup>72</sup>. Así, «llenóse la cuadra de vecinas, las cuales, por hacer compañía a mi madre cuando ella pujaba por echarme de sí, pujaban todas, y algunas parían antes que mi madre»<sup>73</sup>,

66. *Lazarillo de Tormes*, p. 133.

67. Arellano y Mata, 2011, pp. 52-53.

68. Vega Carpio, «Al nacimiento de nuestro Señor. Égloga primera», vv. 135-138. Ver también Guevara, «Letra para una señora y sobrina del autor», fol. 297r, Tirso de Molina, *Los tres maridos burlados*, p. 58 y Vega Carpio, *El tirano castigado*, p. 872.

69. McCourt y Dykes, 2009, p. 25.

70. *Celestina*, por ejemplo, fue también comadrona, entre otros de Pármeno y Calisto; ver Rojas, *La Celestina*, pp. 100 y 133.

71. El número de profesionales disponibles sería reducido en entornos rurales, hasta el punto de necesitar de parteras de contingencia, o incluso de forasteras faltando las anteriores; ver Aichinger y Dulmovits, 2020, p. 32 y Usunáriz, 2016.

72. Aichinger, 2018, pp. 402-403, muy acertadamente lo describe como un «choir of female voices».

73. Enríquez, *El siglo pitagórico y Vida de don Gregorio Guadaña*, p. 152.

que ilustra muy gráficamente la idea de ritmos compartidos, rituales y del parto como experiencia colectiva<sup>74</sup>. El papel de esta colectividad podía llegar a sentar un ritmo en los esfuerzos que facilitaría la expulsión<sup>75</sup>, como si de un tira y afloja en el juego de la soga se tratara, pero en el nacimiento de Guadaña cumple también la función de añadir el esperpento a la situación, dando a Gregorio desventaja desde el nacimiento por haber llegado al mundo casi en el ridículo y ubicándolo de este modo en la vileza inicial.

Bien, ahora, la cuestión es hasta qué punto el estrepitoso gentío de Guadaña es extraordinario. En cuanto a la picaresca, no hay muchos indicios salvando el caso de Justina, y aun en este, lo que sabemos es que el trance se resolvió tan rápidamente que poca oportunidad de alborotar hubiera dejado a las asistentes. En otros ámbitos, si bien sí sabemos que tenía lugar en presencia de otras personas, más que una muchedumbre de vecinas se trataría de ciertas personas seleccionadas, algunas de las cuales asistirían por obligación social. La correspondencia de Lope, por ejemplo, ofrece una versión de un parto menos extravagante en sus detalles:

*Amarilis* parió a *Clarilis*, hoy en su bendito día, después de tantos dolores; porque siendo hembras, antes, en él y después dél, los cuentan a todo el mundo. A mí notables la esperanza de lo que había de ser tan dilatado suceso; porque me decían que ya la lloraban los presentes y que la señora Lucina no asistía gustosa a este acto<sup>76</sup>.

No quiere decir esto que la concurrencia más o menos descontrolada de vecinas y allegadas fuera insólita, pues los médicos se ocuparon de recriminar el uso en tratados obstétricos<sup>77</sup>. Debemos suponer, pues, que esta costumbre estaba restringida a situaciones o sectores sociales muy concretos. El pícaro literario, al igual que sucedía con sus linajes y embarazos, no es un ente monolítico y, nuevamente, recurre en ocasiones al simbolismo del momento para adelantar el devenir del protagonista, exagerando la situación hasta el esperpento, mientras que otras veces mantiene un tono neutral que preserva el carácter de *tabula rasa* del recién nacido.

En el primer contexto satírico se entiende mejor el sonado parto de Guadaña, en el que terminan dándose cita, además de la parturienta y la partera, un nutrido número de vecinas, el padre, colegas de profesión de este, y hasta un tío de Gregorio, aunque este, al menos, en su calidad profesional.

Este nacimiento revela aún más detalles sobre esta concurrencia cuando el curso natural de los acontecimientos se desvía de su cauce, apareciendo complicaciones imprevistas potencialmente mortales tanto para madre como para Guadaña, ya que este dio en

que había de nacer de pies, por no venir rodando de cabeza, como hacen todos. Avisó la comadre, discípula de mi madre, a mi padre deste trabajo, profetizando un

74. Aichinger, 2018, pp. 398-400.

75. Laget, 1982, p. 168.

76. Vega Carpio, «Billete 2.º», sin fecha», énfasis en el original.

77. Aichinger, 2018, pp. 408-409.

parto peligroso, como si no lo fueran todos, pues salen a morir. Rogábanme que yo diese una vuelta, como si fuera podenco, y yo quedo, quedo, plantándome de pies firmes en el vientre de mi madre<sup>78</sup>:

Nos encontramos ante un parto *no natural*<sup>79</sup>, y médicos, parteras y mujeres experimentadas son conscientes de que en todo nacimiento existe riesgo para madre y niño. Sin embargo, la excepcionalidad de este tipo de nacimiento hace que a la criatura que logra sobrevivir el trance se le atribuya cierta fortuna en la vida<sup>80</sup>.

La partera conocedora de su oficio debía intentar dar la vuelta al feto en el útero por sus propios medios siempre y cuando esto fuera posible, de forma que el parto pudiera tener lugar según el curso deseable<sup>81</sup>. Sin embargo, la comunidad de mujeres que acompaña a la parturienta no se retira a la vista de las complicaciones para dejar actuar a la profesional en calma, sino que se une a la labor de esta redoblando su esfuerzo comunal, e impeliendo a la preñada a hacer lo propio con un sobreesfuerzo. La imagen que se presenta, aun distorsionada por la lente satírica del autor, permite intuir cómo habría sido una escena semejante, con la parturienta, la partera, y el resto de mujeres en un caso extremo en lo médico, pero sobre todo en lo social. La escena es cómica en su exageración, lo que incide nuevamente en el origen innoble del protagonista:

—Ea, amiga —decía la sotacomadre—; maestra sois, valeos de vuestra ciencia.

—¿Qué ciencia, pecadora de mí —respondió mi madre—, si ese ladrón de doctor me la quitó con una bisma?

Entonces, las vecinas, unas llorando, otras rabiando, decían:

—Puje, señora comadre, que le va la vida. Salga de pies o de cabeza, échelo fuera.

—No puedo —decía mi madre.

—Pues ha de poder —replicaba su discípula, rascándome los pies, y yo, erre que erre<sup>82</sup>.

Las vecinas insisten en la estrategia, y la partera adopta uno de los más importantes principios que han de observarse en un nacimiento de estas características<sup>83</sup>, pero ni el buen hacer de la comadre ni el común empeño de las mujeres son suficientes para sacar al bebé. En un lance tan complicado, cuando el riesgo sobrepasa lo que se considera manejable para una partera, se hacía aconsejable

78. Enríquez, *El siglo pitagórico y Vida de don Gregorio Guadaña*, p. 152.

79. Núñez, *Libro del parto humano*, fol. 5v. No obstante, Núñez, apoyándose en Avicena, arguye que este es el menos peligroso de los partos no naturales, siempre que el nasciturus tenga extendidas las manos sobre los muslos.

80. Castillo de Lucas, 1958, p. 441.

81. Núñez, *Libro del parto humano*, fols. 18v-19r.

82. Enríquez, *El siglo pitagórico y Vida de don Gregorio Guadaña*, p. 152.

83. Núñez, *Libro del parto humano*, fol. 20r.

delegar en un facultativo<sup>84</sup>. En este momento, el curso del embarazo gobernado por los ritmos de la naturaleza<sup>85</sup> deja paso a la técnica: «Llamaron a mi tío el cirujano y algunos médicos amigos de mi padre. Hicieron junta sobre mí aun antes de nacido, tales son los médicos que aun allí tienen jurisdicción sobre nuestras vidas»<sup>86</sup>.

A pesar de los médicos, la mujer sigue desempeñando un papel activo, y Brígida retoma rápidamente el control cuando el procedimiento amenaza con volverse más agresivo y surge el dilema de tener que decidir entre la vida de la madre o la del niño. Se consideran aspectos morales como cuál de las dos vidas debe tener precedencia, pero la última decisión recae en la madre, cuya valoración utilitarista de la vida no difiere mucho de la tasación del ganado, haciéndose valer por su capacidad producir nueva descendencia con la que reemplazar la pérdida<sup>87</sup>:

Dieron a mi madre muerta si no me sacaban hecho cuartos, como si yo hubiera cometido algún crimen de lesa majestad. Mi padre decía a voces que abriesen a mi madre por medio si querían que yo saliese vivo. Oyolo ella, que no estaba tan muerta, y dijo:

—¡Abierto tengáis el corazón! Dejadme viva, que si esta bisma salió mala, otra saldrá buena<sup>88</sup>.

Reaparece, pues, la amoralidad celestinesca en esta sustitución del altruismo generoso del ideal materno por la anteposición de su propio interés por parte de Brígida. Podemos conjeturar, por lo que sabemos de ella<sup>89</sup>, que tal vez la madre de la ingeniosa Elena podría haberse sentido identificada con Brígida. No obstante, sería aventurado hacer esto extensivo a todas las madres de pícaros, pues nada hace suponer que muchas de ellas fueran otra cosa que amantísimas madres. A pesar de esto, en Brígida y Gregorio, se intuye que cierta herencia moral puede ser transferida por vía matrilineal.

84. Ver Aichinger, 2018, pp. 406-409.

85. Gélis, 1989, p. 161.

86. Enríquez, *El siglo pitagórico y Vida de don Gregorio Guadaña*, p. 152. Esta situación refleja involuntariamente el cambio de paradigma entre la Europa premoderna y la temprana Edad Moderna, que ya había comenzado lentamente a surgir, y la demanda de obtener resultados rápidos y tangibles, también en el parto, ver McCourt y Dykes, 2009, pp. 17-18. Esta tendencia histórica, acelerada aún más por el auge de las ideas ilustradas en el siglo XVIII, la ciencia terminará relegando a la parturienta a un papel pasivo; ver Imaz Martínez, 2001, pp. 101-102. A la larga, sustituirá la autoridad femenina que rige el parto por la masculina; ver McCourt y Dykes, 2009, p. 26. El cirujano, como profesional sanitario de segunda, encuentra en la jurisdicción de la partera un territorio donde expandir sus competencias más accesible que el de los médicos, aunque no del todo exento de resistencia, tanto por parte del clero como de las propias comadronas; ver Usunáriz, 2016, pp. 345-346. En esta escena, la dialéctica añade comicidad a la situación, sin más, pero no deja de ser el síntoma de una época.

87. Resulta irónico, pues, si por algo se caracteriza Brígida, es por sus largos años de infertilidad, lo que pondría en entredicho su capacidad de producir un nuevo hijo. Ver nota 17.

88. Enríquez, *El siglo pitagórico y Vida de don Gregorio Guadaña*, pp. 152-153.

89. La madre de Elena —conocida también como Celestina— empezó a prostituir a su hija cuando apenas contaba doce años; ver Salas Barbadillo, *La hija de la Celestina*, p. 112.

Afortunadamente, la técnica obstétrica permite solventar el contratiempo de Guadaña de forma satisfactoria para ambas partes. Aquí, los médicos emplean el instrumental requerido por la difícil situación:

Resolviéronse a que me pescasen con anzuelo, como si fuera barbo. Empezó mi tío a sacar garfios<sup>90</sup> para sacar del pozo de mi madre el caldero de su hijo. Olí el fruto de Viscaya, púseme de pies juntillos deseando salir de aquel peligro. Pidió pujos la comadre, y a dos empujones me arrojó mi madre de la ventana de la muerte a la calle de la vida. Empezaron todos a reír y yo a llorar<sup>91</sup>.

De este modo, las señales que acompañan a Guadaña no son celestes, sino físicas. A la posición del feto, hay que sumar que Brígida es primeriza. Sin embargo, la relativa rareza del feliz desenlace no lo hace necesariamente milagroso, como correspondería a la llegada al mundo de un gran personaje. Paratextualmente, no obstante, es precisamente esto lo que se sugiere, si bien de forma irónica, aludiendo a un «nacimiento prodigioso»<sup>92</sup>, al modo en que se titulan las vidas de príncipes y santos. Al igual que con Justina, aparecen aquí augurios y, también igualmente, estos se glosan sarcásticamente para ridiculizar al personaje. Aunque el niño consigue salir, este no es expulsado de una sola vez como Justina, sino en dos tiempos, de forma más trabajosa —como hubiera deseado la pícara—, y solo tras un complicadísimo parto, no exento de riesgo. Así pues, si el nacimiento de Justina se vilificaba mediante las circunstancias físicas maternas, el de Guadaña lo hace mediante las morales, y ambos lo hacen a través de sus aspectos sociales.

## CONCLUSIÓN

La forma de encajar los nacimientos en la España de la temprana Edad Moderna en su marco social depende de una compleja combinación de creencias y conocimiento, fruto de la cual la lectura simbólica popular recibe casi tanto valor epistemológico entre los contemporáneos como la interpretación protocientífica de los médicos. De esta manera, embarazo y parto no solo permiten analizar el proceso desde una perspectiva meramente fisiológica, sino que amplían el ámbito obstétrico concediendo a sus señales un valor trascendental capaz de proporcionar información sobre el destino y predisposición de la criatura.

El nacimiento picaresco no deja de reflejar estas particularidades de la temprana Edad Moderna, lo que en muchas ocasiones permite ubicar con precisión a los personajes literarios en el escalafón social. Esto posibilita la observación de la vida

90. Podría tratarse de un *uncino*, usado junto a las tenazuelas y los ungüentos lubricantes para la extracción cuando esta no puede lograrse por procedimientos naturales. Se usaban indistintamente con fetos vivos o muertos, difiriendo los casos únicamente en la parte del cuerpo donde el instrumento hacía la presa; ver Núñez, *Libro del parto humano*, fols. 55v-56r.

91. Enríquez, *El siglo pitagórico y Vida de don Gregorio Guadaña*, p. 153.

92. Enríquez, *El siglo pitagórico y Vida de don Gregorio Guadaña*, p. 148.

del pícaro, así como la verificación de hasta qué punto se cumplen las expectativas que su llegada al mundo suscita. En tanto que la historia es, frecuentemente, un camino de degradación moral, este inicio es la referencia para estimar la caída del personaje.

Partiendo de la premisa anterior y a la luz de los ejemplos revisados en este artículo, no es posible afirmar taxativamente que exista prevalencia del determinismo social dentro del corpus picaresco, ni resulta aconsejable el empleo del *origen vil* como un marcador universal para describir el género.

Por una parte, los pícaros pueden ceñirse a las convenciones consideradas típicas, presentando un origen bajo y cumpliendo con el destino que aparentemente les espera de acuerdo a las señales supuestamente predictivas. Sin embargo, esta situación dista de ser privativa. Al contrario, abundan los casos en los que el pícaro nace legítimamente en el seno de una familia honrada, en ocasiones también acomodada, sin que indicio alguno haga suponer una particular inclinación por la actividad picaresca. Tampoco faltan aquellos en los que solo uno de los progenitores presenta características protopicarescas, siendo contrarrestados por el otro costado.

Resulta asimismo irónico que, en lo que respecta a la predestinación, las veleidades calvinistas más evidentes se den precisamente en las obras atribuidas a autores criptojudíos y devotos católicos. Esta curiosa paradoja bien merecería atención en futuras investigaciones.

La genealogía vil se presta también a discusión, pues hay pícaros que la tienen socialmente pero provienen de familias moralmente intachables, y pícaros con familias de buena posición y vileza moral. A pesar de esta ambivalencia del adjetivo, lo cierto es que también hay pícaros de linaje vil en todos los sentidos, como también los hay de abolengo irreprochable que se embarcan en la nave picaresca no a causa sino a pesar de su sangre. El origen vil, pues, habría que tomarlo también con mucha cautela, en tanto que solo describe un subconjunto muy específico del corpus picaresco, por lo que tampoco parece conveniente formular una tesis categórica al respecto.

La novela picaresca, ya dijimos, es una atalaya desde la que puede otearse el horizonte de épocas pasadas. Desde esta perspectiva tan propia del género, se presentan las ventanas abiertas sin pudor alguno de las alcobas de sus personajes, cuya intimidad es negada para regocijo y provecho del lector. Lo que allí se ve no es solo la vida de un personaje único, sino un reflejo de muchas otras vidas, de vidas de gente común, vidas reales e inventadas, vidas veraces y vidas verosímiles y, en definitiva, de la propia vida.

**BIBLIOGRAFÍA**

- Aichinger, Wolfram, «Childbirth Rhythms and Childbirth Ritual in Early Modern Spain, together with some Comments on the Virtues of Midwives», *Hipogrifo. Revista de literatura y cultura del Siglo de Oro*, 6.1, 2018, pp. 391-415.
- Aichinger, Wolfram, y Dulmovits, Alice-Viktoria, «Escenarios de parto y bautismo de urgencia en libros de bautismo del siglo xvii», *Revista Historia Autónoma*, 16, 2020, pp. 13-35.
- Alemán, Mateo, *Guzmán de Alfarache I* [1559], ed. José María Micó, Madrid, Cátedra, 2012.
- Arellano, Ignacio, y Mata, Carlos, *Vida y obra de Lope de Vega*, Madrid, Homo Legens, 2011.
- Barrionuevo, Jerónimo de, *Avisos de don Jerónimo de Barrionuevo*, vol. 2, ed. Antonio Paz y Meliá, Madrid, M. Tello, 1893.
- Castillo de Lucas, Antonio, *Folkmedicina: Medicina popular, folklore médico, etnomedicina, demoiatría, etnoiátrica*, Madrid, Dossat, 1958.
- Castillo Solórzano, Alonso Jerónimo de, *La niña de los embustes, Teresa de Manzanares* [1632], en *Picaresca femenina de Alonso de Castillo Solórzano*, ed. Fernando Rodríguez Mansilla, Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert, 2012, pp. 177-422.
- Castillo Solórzano, Alonso Jerónimo de, *Las aventuras del bachiller Trapaza* [1637], ed. Jacques Joset, Madrid, Cátedra, 1986.
- Castro, Américo, «Perspectiva de la novela picaresca», en *Hacia Cervantes*, Madrid, Taurus, 1967 [1935], pp. 118-142.
- Cortés de Tolosa, Juan, *El Lazarillo de Manzanares* [1620], ed. María Inés Chamorro Fernández, Madrid, Taurus, 1970.
- Covarrubias Horozco, Sebastian de, *Tesoro de la lengua castellana o española* [1611], ed. Ignacio Arellano y Rafael Zafra, Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert, 2020.
- Enríquez, Antonio, *El siglo pitagórico y Vida de don Gregorio Guadaña* [1644], ed. Teresa de Santos, Madrid, Cátedra, 1991.
- Espinel, Vicente, *Vida de Marcos de Obregón I* [1616], ed. Samuel Gili Gaya, Madrid, Espasa-Calpe, 1959.
- Fischer-Monzón, Hannah, «Nacer en tiempos de Calderón: Lucina, Diana y (la) Luna, las diosas lunares del parto en el Siglo de Oro», *Memoria y Civilización*, 21, 2018, pp. 61-88.
- Gélis, Jacques, *Die Geburt. Volksglaube Rituale und Praktiken von 1500-1900* [1984], trad. Clemens Wilhelm, München, Diederichs, 1989.

- González, Gregorio, *El quitón Onofre* [c. 1605/1972], ed. Fernando Cabo Aseguinolaza, Logroño, Gobierno de La Rioja, 1995.
- Grohsebner, Sabrina, «Threads of Life: the Golden Age Midwife Amidst Cloth, Tissue and Antique Deities of Fate», *Avisos de Viena*, 0, 2020, pp. 18-26.
- Grimmelshausen, Hans Jacob Christoph von, *Der abenteuerliche Simplicissimus Teutsch* [1669], ed. Volker Meid, Stuttgart, Reclam, 1985.
- Guevara, Antonio de, «Letra para una señora y sobrina del autor», en *Segunda parte de las epístolas familiares*, Salamanca, Juan Perier, 1575, fols. 293r-297r.
- Hera y de la Varra, Bartolomé Valentín de, *Reportorio del mundo particular de las sferas del cielo y orbes elementales, y de las significaciones, y tiempos correspondientes a su luz, y mouiento*, Madrid, Guillermo Druy, 1584.
- Imaz Martínez, Elixabete, «Mujeres gestantes, madres en gestación. Metáforas de un cuerpo fronterizo», *Política y Sociedad*, 36, 2001, pp. 97-111.
- Kremmel, Nina B., «Pregnancy: Privileges and Protection in the Spanish Golden Age», *Hipogrifo. Revista de literatura y cultura del Siglo de Oro*, 6.1, 2018, pp. 467-481.
- Kroll, Simon, «El secreto en Calderón. Análisis de algunos aspectos del secreto en las comedias de Calderón», *Hipogrifo. Revista de literatura y cultura del Siglo de Oro*, 3.1, 2015, pp. 19-34.
- Laget, Mireille, *Naissances. L'accouchement avant l'âge de la clinique*, Paris, Seuil, 1982.
- Lazarillo de Tormes* [1554], ed. Francisco Rico, Madrid, Cátedra, 2014.
- Lázaro Carreter, Fernando, *Construcción y sentido del Lazarillo de Tormes*, Madrid, Castalia, 1969 (separata de *Ábaco: revista sobre literatura española*, 1).
- López de Úbeda, Francisco, *Libro de entretenimiento de la pícara Justina* [1605], ed. David Mañero Lozano, Madrid, Cátedra, 2012.
- Loux, Françoise, *Le jeune enfant et son corps dans la médecine traditionnelle*, Paris, Flammarion, 1978.
- Maravall, José Antonio, *La literatura picaresca desde la historia social (Siglos xvi y xvii)*, Madrid, Taurus, 1986.
- McCourt, Christine, y Dykes, Fiona, «From Tradition to Modernity: Childbirth in Historical Perspective», en *Childbirth, Midwifery and Concepts of Time*, ed. Christine McCourt, New York, Berghahn Books, 2009, pp. 17-36.
- Mejía, Pedro, *Silva de varia lección*, Lyon, Herederos de Jacobo de la Junta, 1556.
- Núñez, Francisco, *Libro del parto humano* [1580], Madrid, Imprenta Real, 1621.
- Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* [1726-1739], Madrid, Gredos, 1990.

- Rey Hazas, Antonio, «Precisiones sobre el género literario de *La pícaro Justina*», en *Deslindes de la novela picaresca*, Málaga, Universidad de Málaga, 2003 [1989], pp. 233-252.
- Rico, Francisco, *La novela picaresca y el punto de vista*, Barcelona, Seix Barral, 1973.
- Rico, Francisco, «Introducción», en *Lazarillo de Tormes*, Madrid, Cátedra, 2014, pp. 13-127.
- Rodríguez Mansilla, Fernando (ed.), *Picaresca femenina de Alonso de Castillo Solórzano: «Teresa de Manzanares» y «La garduña de Sevilla»*, Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert, 2012.
- Rojas, Fernando de, *La Celestina* [1499], ed. Francisco J. Lobera, Guillermo Serés, Paloma Díaz-Mas, Carlos Mota, Íñigo Ruiz Arzálluz y Francisco Rico, Barcelona, Espasa, 2016.
- Ruices de Fontecha, Juan Alonso de los, *Diez privilegios para mujeres preñadas*, Alcalá de Henares, Luis Martínez Grande, 1606.
- Salas Barbadillo, Alonso Jerónimo de, *La hija de la Celestina* [1612], ed. Enrique García Santo-Tomás, Madrid, Cátedra, 2008.
- Simón Palmer, María del Carmen, «El trance de la maternidad: vida, folklore y literatura», *Aula de cultura: Ciclo de conferencias sobre fiestas y costumbres madrileñas*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1985, pp. 5-28.
- Taberero Sala, Cristina, «Injurias, maldiciones y juramentos en la lengua española del siglo xvii», *Revista de Lexicografía*, 16, 2010, pp. 101-122.
- Taberero, Cristina, y Usunáriz, Jesús M., *Diccionario de injurias de los siglos xvi y xvii*, Kassel, Reichenberger, 2019.
- Tirso de Molina, *Los tres maridos burlados* [1621], ed. Ignacio Arellano, Madrid, Instituto de Estudios Tirsianos, 2001.
- Usunáriz, Jesús M., «El "oficio de comadres" y el "arte de partear". Algunos apuntes sobre Navarra: siglo xvi-xviii», en *Modelos de vida en Navarra de la temprana modernidad*, ed. Ignacio Arellano, New York, Instituto de Estudios Auriseculares, 2016, pp. 319-363.
- Usunáriz, Jesús M., «El padre ante el parto en la España de los siglos xvi y xvii», *Hipogrifo. Revista de literatura y cultura del Siglo de Oro*, 6.1, 2018, pp. 483-502.
- Usunáriz, Jesús M., «Asistir a la madre y cuidar de la criatura: el reconocimiento de paternidad en los siglos xvi y xvii», *Revista Historia Autónoma*, 16, 2020, pp. 101-119.
- Vaz da Silva, Francisco, «Iberian Seventh-born Children, Werewolves, and the Dragon Slayer: A Case Study in the Comparative Interpretation of Symbolic Praxis and Fairytales», *Folklore*, 114.3, 2003, pp. 335-353.
- Vega, Alonso de la, *Epítome o compendio de la suma*, Madrid, Luis Sánchez, 1610.

- Vega Carpio, Lope de, «Al nacimiento de nuestro Señor. Égloga primera», en *Rimas humanas y divinas del licenciado Tomé de Burguillos* [1624], ed. Ignacio Arellano, Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert, 2019, pp. 701-707.
- Vega Carpio, Lope de, *El tirano castigado* [1614], ed. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, en *Obras completas de Lope de Vega: Comedias*, vol. 11, Madrid, Turner, 1995, pp. 807-903.
- Vega Carpio, Lope de, «Billete 2.º sin fecha» [1617], en *Cartas*, ed. Nicolás Marín, Madrid, Castalia, 1985, pp. 206-207.
- Vida y hechos de Estebanillo González I* [1646], ed. Antonio Carreira y Jesús Antonio Cid, Madrid, Cátedra, 1990.
- Zalazar, Daniel Eduardo, «Libertad y determinismo en la novela picaresca española», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 301, 1991, pp. 47-68.